

En las nubes

Antes de nacer ya me hacías volar. Te elevabas por el aire, abandonando el suelo del escenario, con tus movimientos ágiles y etéreos. Y yo ascendía contigo, desde la bolsa acuosa en la que me hallaba, formando parte de tu zarandeo artístico, cuando solo era un garbancito y tú aún ignorabas que me encontraba dentro de tu cuerpo.

Continuaste la gira creciendo yo en tu interior, consciente ya de mi gestación. A los cuatro meses tuviste que parar. Yo ya señalaba una curvatura visible en tu ajustado maillot de danzarina. El ginecólogo afirmaba que todavía podías seguir un poco más. Tus acrobacias no eran peligrosas, no eras una artista de circo, eras una bailarina de danza contemporánea, que no se contorsionaba en exceso y saltaba como si volara, pero que sabía tomar tierra sobre las tablas con sumo cuidado y acierto. No lo decía para animarte, te había visto actuar, como tantos otros que te seguían, como los que admiraban tu arte. La Compañía de danza para la que trabajabas no pensó lo mismo. Importaba tu pericia y tu control, pero la estética sobre el escenario se rompía con la pérdida de tu estilizada figura, con el ligero abultamiento de tu vientre, creciendo.

Conmigo dentro.

Y tuviste que abandonar. Bajar de las alturas, regresar a la andadura cotidiana sin arte. Sin trabajo, sin mayor compensación económica que un finiquito resuelto con prisas y sin justicia equitativa.

Papá estaba radiante con tu forzoso parón. No por las desventajas que padeciste en ese momento, por supuesto, sino por tenerte cerca, por poder cuidarte. Por abrazar con calma tu cuerpo y la nueva vida que crecía cada día en tu matriz.

Los ratos que pasabais juntos eran de calidad, supremos, ilusionantes, adivinando cómo sería mi llegada y mi crecimiento. Sin embargo, cuando te quedabas sola en casa el techo se te caía encima, las paredes te oprimían y ni las ventanas abiertas servían para que entrara todo el aire que necesitabas para respirar.

Querías trabajar, sino en lo tuyo, en cualquier cosa. Salir, estar ocupada y sentirte útil, no ociosa. Las tareas domésticas te entretenían durante unas horas, pero no las suficientes. Dabas paseos por el barrio con cualquier excusa, volvías al supermercado cuando ya habías realizado la compra semanal, siempre había algo que se te olvidaba, una razón más para volver a salir.

Papá no quiso que trabajaras durante aquellos meses en que yo crecía dentro de ti. Mejor aprovechar esa falta de empleo acaecida para cuidarme, para cuidarte. Ya retomarías tu actividad artística más adelante, cuando tu vida y la mía no fueran necesariamente dependientes.

Tus padres no pudieron ver cómo te elevabas sobre las tablas, levitando con tu arte, extendiendo con ágil belleza tus alas de mariposa. Fallecieron antes de poder ser testigos de tu vuelo. Pero impulsaron tu vida para tal hazaña. Desde que, siendo una cría, cabriolabas con precocidad abandonando prematuramente el taca-tac. A los cinco años te llevaron a clases de ballet, con gran esfuerzo económico y el convencimiento de que no habría dinero mejor invertido para procurar tu felicidad. La disciplina fue tu mayor aprendizaje en aquellas clases, el dominio del cuerpo para convertirlo en la justa expresión del ritmo y la medida. Pero a ti la danza que te ilusionaba era otra. Menos encorsetada, más libre y creativa. Menos dolorosa para los dedos de los pies, la rigidez de tu esqueleto y tu espíritu inquieto. Así que, en la adolescencia, te iniciaste en la danza

contemporánea. Pasaron años hasta que conseguiste trabajar de lo que tanto habías estudiado y mis abuelos te vieron trabajar en otras cosas, mientras te aplicabas en conseguir tu objetivo. Como dependienta, como camarera, incluso como acomodadora en un cine, cuando los cines eran de sesión continua y las escaleras del patio de butacas no tenían lucecitas de alarma para que los espectadores encontraran sus asientos. Esos trabajos ocasionales permitieron que continuases tus estudios y te procuraron una cierta independencia económica. Tus padres estaban muy orgullosos, de tu tesón, de tu entrega, de tu arte. Te auguraban un exitoso futuro. No de ese éxito escandaloso que provoca la fama, sino de un éxito más íntimo y personal: el que produce estar en paz con uno mismo.

No pude conocer a mis abuelos en persona, pero tú me los retrataste muchas veces relatando un sinfín de anécdotas y acontecimientos. Eran trabajadores incansables, de costumbres sencillas y temperamento noble. Fallecieron en un accidente de tráfico cuando tú eras joven. Demasiado joven para verlos marchar. No quiero que a mí me ocurra lo mismo. Y no creo que lo vaya a poder evitar.

Hoy tu mirada es otra. Lejana, vidriosa, como sobrevenida desde otro lugar. Me pides que te acompañe al lavabo y a penas puedes sostenerte en pie. Tu cuerpo gravita sobre el mío en el intento de caminar, el pavimento parece perder la dureza de su superficie, inesperadamente, queriendo absorberte como arenas movedizas. Sumamos fuerzas y avanzamos lentamente por el pasillo de tu casa. Unos instantes eternos. Hasta que me resulta imposible sostener esa obstinada inercia que te empuja hacia abajo, blandamente, con un peso desmesurado que no corresponde a tu cuerpo sino a tu debilidad. Decido dejarte suavemente sobre el suelo, para que descanses. Coloco un

pequeño cojín bajo tu cabeza para procurarte un mínimo de comodidad. Tu extiendes tus brazos sobre el frío mármol, como una mariposa con las alas rotas. No puedo verte así, no ahora.

Si es muy grave no quiero saberlo, me dijiste cuando te acompañé al Hospital. No quiero contar los días, ni las horas, ni siquiera los minutos. No quiero sujetar el ansia de saber con certeza que es poco lo que me queda. Aunque lo intuya, aunque sienta cómo se acerca el momento último. No permitas que transite esa puerta al otro mundo con la conciencia clara de que me voy. Quiero estar aquí con la plenitud de que lo estoy. No con la zozobra de que me voy yendo.

La primera vez que abandonaste la habitación paseaste tu debilidad por los pasillos del Hospital con una mirada llena de luz. Salías de tu jaula temporal con el ánimo renovado. Tu mano permanecía todavía ligada a un gotero, pero la bolsita transparente que lo dosificaba colgaba de una especie de percha con ruedecitas para que pudieras desplazarte. Yo la arrastraba por el pavimento para que pudieras caminar con mayor libertad. Y tú lo agradecías, acompañando tu mirada luminosa con una sonrisa resplandeciente, mitigando la profundidad de tus ojeras y la palidez de tu rostro. Habías vuelto a comer en los últimos días, no en demasía, pero sí con apetito; saboreando, incluso, lo más insípido de la comida que te servían.

En ese primer paseo nos sentamos en las sillas situadas al lado de un gran ventanal. La luz del día bañaba tu rostro con el tamiz del cristal protector, suavizando tus facciones. Dos niñas correteaban delante de nosotras, entretenidas con juegos y gritos. Un par de mujeres hablaban cerca de ellas, sin cesar, y sin hacer caso a las correrías escandalosas de las pequeñas. Temí te molestara la algarabía de las chiquillas, pero tu parecías

disfrutar del espectáculo. Del trajín de la vida en su espontaneidad. Al cabo de un rato las niñas se sentaron junto a nosotras. ¿Por qué lleva enganchada una bolsa de plástico?, preguntó la más cercana. Para reponerme antes, contestaste con naturalidad. ¿Y no le duele?, quiso saber la otra señalando la inserción intravenosa del gotero en tu mano. Me dolería más no llevarlo, aclaraste con placidez. Las niñas sonrieron y se levantaron, continuando con sus juegos como si nada. Las mujeres que estaban cerca seguían hablando, también como si nada. Yo sostuve la esperanza en tus ojos, aplacando el nudo de mi garganta.

Unos días después no te encontré en tu habitación y me asusté. Un residente vecino tuyo descubrió mi preocupación y señaló hacia el final del pasillo, la tienes allá, me dijo en un tono tranquilizador. Y te vi, con las manos entrelazadas en la espalda, caminando con serenidad, sin gotero. Te giraste, como si hubieras intuido mi presencia. Y llegué hasta tu lugar, compartiendo la emoción de verte libre de ataduras.

No te dije que te quedaban pocos meses, cuando te dieron el alta, ni que el tratamiento al dolor era el único tratamiento que te podían dar, ni que la quimioterapia era inviable por lo avanzado de tu cáncer. Ni te digo hoy que te noto la mirada diferente. Porque tus palabras todavía resuenan en mi recuerdo con la promesa que te hice y tu valor al incorporarte con tus propios pies, aun sujetándote en mi brazo, es el acto más valiente de tu parte. Abandonas el suelo marmóreo, con el mismo impulso atrevido que te hacía volar en el baile.

No heredé tus aptitudes artísticas para el baile. Pero volar, lo que se dice volar, sí vuelo.

A papá le encantaba acompañarme en mis primeras pruebas, una vez me hube licenciado. Subía conmigo a la avioneta y me decía: suelta amarras, jovencita. Papa, que esto no es un barco, le decía yo. Él se reía y no decía nada más. No hacía falta. Porque una vez alzado el vuelo sobraban las correcciones lingüísticas. Solo hacía falta prestar atención a los mandos del salpicadero, y al paisaje. Sobraba cualquier comentario intrascendente. Si acaso cabía alguna que otra expresión admirativa de su parte, un ¡ooooh! sostenido y poco más. Entonces era yo quien se reía.

Tú no quisiste subir jamás en la avioneta. Tenías miedo, no a volar, sino a volar conmigo pilotando yo. Tenías miedo a que me pasara algo allá arriba, bajo mi única supervisión. Ese miedo no lo sentiste nunca cuando viajaste en avión, alguna que otra vez. Y no es que dudarás de mi pericia al pilotar la avioneta, es que tu instinto maternal era más fuerte que tu voluntad. Y de nada servía que te asegurase que yo no era Amelia Earhart ni pretendía cruzar el Atlántico con un arcaico pájaro de acero. Aunque sí me gustara sobrevolar el mar.

Cuando de pequeña íbamos a la playa y planeaba sobre el mar una avioneta anunciando crema solar o cualquier otro producto publicitario y yo te decía: de mayor pilotaré una como esa. Tú te reías. Y yo creía que era de alegría.

Cuando, ya mayor de edad, te dije que me quería matricular en la escuela de aviación me dijiste: tienes la cabeza en las nubes.

Y, cuando, más adelante, te anuncié que ya me había matriculado no me dijiste nada, solo miraste a papá con cara de querer decirle de todo.

Cada vez que te invité a subir conmigo repetías: ay, no, cariño, me moriría del susto.

Y de nada servía que te recordara que yo ya había volado contigo, cuando me llevabas en el vientre y mi tamaño no era mayor a un garbancito. Entonces solo me mirabas, sonreías y me acariciabas el rostro. Quizá añorabas aquel tiempo, cuando tu libertad y la mía eran la misma.

Volviste a bailar, pero no sobre un escenario. Papá vació el garaje y lo adaptó, con sus propias manos, hasta convertirlo en un salón de baile, en una escuela de danza contemporánea. Sabía cómo hacerlo, era parte de su oficio. A ti te entusiasmó la idea, al principio.

Podías ocuparte de mí y de la casa sin dejar de ejercitar tu cuerpo y tu arte. Instruyendo, además, a futuras danzantes. Parecías tenerlo todo, pero habías perdido buena parte de lo que más te importaba. Representar una obra sobre un escenario era otra cosa, era lo que te faltaba. Ensayar y enseñar debajo de tu casa te dejaba solo mover una de tus alas. Y así no había forma de alzar el vuelo.

Papá no lo entendió, por más que le explicaste. Pasaron los años, hasta que no pudiste aguantar más, retenida en tu *jaula de oro*, y echaste a volar. Aceptaste el contrato en una nueva Compañía, conocían tu trabajo y te llamaron. Pasaste a formar parte de un grupo de danza contemporánea donde tú solo eras una componente más. No te importó, nunca fuiste la bailarina principal, aunque tuvieras más protagonismo en el pasado. Iniciaste una gira, luego otra. En aquel tiempo papá se ocupó de que yo no abandonase los estudios, de que no notara demasiado tu ausencia, cuando girabas. Me dejó volar a mí también. Pero se cansó de esperarte. Os divorciasteis y yo me saqué la licencia de piloto de avioneta sin tu permiso.

De regreso al dormitorio no has querido volver a acostarte, no en ese momento, después de la odisea que ha supuesto acercarnos al lavabo. Me has pedido un favor, agitando tus brazos como alas, y no he podido negarme. No hoy que miras diferente.

He llamado al doctor y ha venido una suplente. Su mirada también ha sido decisiva, las palabras no han sido necesarias, pero sí dos parches para reducir tu dolor, también una dosis de morfina por si el dolor se te hace insoportable. Has accedido a ponerte los parches y un pañal, por si acaso. Del tratamiento al dolor más severo no has querido saber nada, no hoy.

Al marcharse la doctora me he dispuesto a procurarte el favor que me has pedido. Se me antoja una quimera, pero no es momento para medir si es un acierto o un despropósito. Todavía tenemos luz y medios para realizarlo.

En la escuela de aviación donde trabajo solo me han dado facilidades. Llevo dos meses en excedencia para poder cuidarte mejor, han accedido de inmediato a tu demanda, nos han ayudado en el traslado y preparado la avioneta que tengo asignada.

Cuando girabas en teatros de nuestra comunidad siempre fui a verte. Tus movimientos eran más fluidos, más bellos, más vívidos que los instructivos gestos que ofrecías a tus alumnos en tu escuela. Tu vuelo no se rompía para ofrecer una explicación, ni se repetía una y otra vez para que los que te escuchaban lo aprendiesen. Planeabas sobre las tablas del escenario en un viaje donde la música te impulsaba y el público era el testigo expectante. Formabas con tus compañeros de escena el mejor paisaje. Me gustaba verte entre bambalinas para apreciar más de cerca cómo elevabas tus alas, cómo ensanchabas tu sonrisa.

Ahora tu sonrisa apenas es un esbozo en tu rostro, la expresión máxima de regocijo que el dolor te permite ofrecer. Y es un halago inmenso poder contemplarla. Ahora que planeo sobre los campos con la luz tamizada de la tarde. Ahora que la avioneta sigue su curso por el aire de manera mecánica y puedo sujetar tu mano, detener tu agitación, como un abrazo prolongado. Ahora que las nubes dibujan en el cielo una danza sinuosa jugando con los últimos rayos del sol, tiñendo el mar de malva, empastando suavemente en sus aguas los inflamados y purpúreos velos del atardecer.

Tu mano deja de apretar la mía. Noto tu lejanía a pesar de tu cercanía. No necesito descubrir en tu rostro que ya no miras diferente, ni en qué punto ha quedado fijada tu mirada. Mis ojos se empañan y solo puedo ya descender lentamente, con giros prolongados que demoren el momento de tomar tierra. Hasta detener el motor quejumbroso de la avioneta en la pista de aterrizaje. Y comprobar que tu cuerpo me acompaña y tu alma, inevitablemente, se ha quedado para siempre en las nubes.